

## Capítulo 58

Justo después, los ojos y los oídos de todos los presentes quedaron cegados por una luz blanca pura.

Cuando por fin recuperaron la visión, lo que apareció ante los mercenarios y Alon fue...

«...!»

Un cráter enorme.

No quedaba nada allí.

La hierba que había estado creciendo...

Y las ruinas que se habían erigido sobre ella durante quién sabe cuánto tiempo, ahora habían desaparecido sin dejar rastro.

Incluso Argonia y Maverick, que estaban cerca de él, habían desaparecido sin dejar rastro.

En medio de ese cráter se encontraba...

Un Dios Exterior, sonriendo siniestramente, torciendo las comisuras de sus labios.

Las expresiones de los mercenarios comenzaron a tornarse desesperadas.

Myaon, que sostenía su arco, y Himan, que hacía unos instantes lanzaba hechizos, se quedaron boquiabiertos, incrédulos.

Y entonces,

¡Sonriendo!

El Dios Exterior se movió.

«...»

Sin dudarlo, como si lo condenara a muerte, el Dios Exterior, que había aparecido ante el anteriormente atónito Himan, movió su mano de izquierda a derecha.

Aunque Himan, sabiendo muy bien cuál sería el resultado de esa acción, instintivamente echó su cuerpo hacia atrás para esquivar el corte invisible, inmediatamente intentó usar Parpadeo.

Pero entonces,

«¿Cómo vas a esquivar lo que viene de arriba?».

Con palabras que parecían burlonas y un movimiento de mano de arriba abajo,

¡Crack!



Cuando el cuerpo de Himan se partió en dos y cayó al suelo,

el Dios Exterior ya se había acercado a Myaon.

«¡Ayl!».

Tan pronto como Myaon vio cómo derribaban a Himan, ya había tensado la cuerda de su arco y estaba lista para disparar, pero en cuanto él apareció, intentó soltar la cuerda.

«¡Khak-!».

Pero antes de que pudiera soltar la flecha, la rápida patada del Dios Exterior la lanzó volando hacia las ruinas en dirección opuesta.

«Ahora solo quedas tú».

Kailas habló con una sonrisa siniestra.

\*\*\*

Con los cuatro maestros del gremio derrotados antes de que pudieran siquiera oponer resistencia, el resultado de la batalla estaba prácticamente decidido.

Para Alon, esta era la peor situación posible.

Su plan había fracasado desde el principio,



La Cascada de Cristales de Hielo, que había agotado casi todo su poder mágico, no había infligido ningún daño al oponente.

y los maestros del gremio, que se suponía que debían ganar tiempo mientras él preparaba sus hechizos, habían sido derrotados.

Alon bajó la vista brevemente.

Dos frascos de poción vacíos rodaban ya por el suelo cerca de sus pies.

Tras consumir dos pociones de maná, arriesgándose a sufrir una adicción a la magia, su pequeña reserva de maná se estaba reponiendo a un ritmo vertiginoso.

Pero a pesar de que su maná aumentaba, su mente no podía pensar en el siguiente paso.

Enfrentarse al Dios Externo con su plan en ruinas era abrumador.

Lo que era aún más problemático era la magia.

«Nunca había visto esa magia antes».

Alon se había enfrentado a Kailas muchas veces en Psychedelia y conocía bien sus habilidades y hechizos.

La razón por la que los maestros del gremio habían resistido tanto tiempo contra el Dios Exterior era porque sus conocimientos les daban una ventaja decisiva.



Pero la magia basada en conjuros que Kailas acababa de utilizar era algo que ni siquiera Alon había visto antes.

En otras palabras, la ventaja informativa de Alon ya había desaparecido en ese momento.

Pero ese no era el único problema.

«... Eso es magia».

Alon sintió una sensación de desesperación mientras contemplaba el cráter detrás de él, donde no quedaba nada.

Aunque la esencia era diferente, la magia debía de haber utilizado las mismas palabras y frases, pero la magia del Dios Exterior era cualitativamente diferente de la que utilizaba Alon.

En resumen, desde la habilidad hasta la información y la planificación, todo era abrumadoramente desfavorable, e incluso los mercenarios habían perdido la voluntad de luchar, limitándose a mirar al Dios Exterior.

En esta situación desesperada, en la que solo les esperaba la muerte, Alon miró al Dios Exterior, que parecía burlarse de él.

Permaneció en silencio durante un momento y luego...

«La gloria de las montañas nevadas».



Comenzó su hechizo.

«Cristalizar».

A la orden de Alon, el aire a su alrededor se volvió a concentrar, formando docenas de partículas.

«Rotación».

Con la siguiente frase, las partículas comenzaron a girar en sentido horario.

¡Sonrisa!

Kailas, con una sonrisa siniestra, movió los dedos de inmediato.

Un simple movimiento de izquierda a derecha.

Pero...

¡Crack!

«Aún hay esperanza».

El corte invisible dirigido a Alon golpeó una de las partículas que flotaban en el aire, congelándola al contacto.

«Rine, ayúdame».

La batalla se reanudó una vez más.

\*\*\*

En una batalla entre magos, había muchos factores en juego, pero dos eran de suma importancia.

El primero era la velocidad de lanzamiento de los hechizos.

La segunda era la estrategia.

Para derrotar a un mago rival, era necesario predecir qué magia lanzaría y cómo la desplegaría, y luego actuar un paso por delante.

Para ganar ventaja, también era necesario tener una velocidad de lanzamiento de hechizos similar a la del oponente.

Por mucho que se superara al oponente en estrategia, si la velocidad de lanzamiento no podía seguirle el ritmo, no habría forma de responder.

En ese sentido, la lucha de Alon contra el Dios Exterior parecía condenada al fracaso.

Pero...

¡¡Swish~!!



Alon tenía a Rine a su lado, desviando los golpes invisibles del Dios Exterior que se deslizaban a través de las capas de magia, cada vez más delgadas.

¡¡Crack!!

Incluso después de lanzar hechizos de defensa más de tres veces, Rine siguió bloqueando los golpes invisibles, esquivando ágilmente los restos de magia.

Alon podía sentir cómo le temblaban las manos.

Para entonces, más de cinco botellas vacías de poción de maná estaban esparcidas por el suelo, y su piel había adquirido un tono azulado.

Síntomas de adicción al maná.

Su corazón latía con fuerza y su reserva de maná se recuperaba a una velocidad incomparable con lo normal, lo que le permitía lanzar otro hechizo.

¡Crack!

Pero tan pronto como lo lanzó, el corte lo bloqueó inmediatamente.

En ese fugaz instante, Kailas apareció justo delante de Alon, como si hubiera estado esperando.

«Eh...».

¡Zas!

Al ver que las cadenas volaban repentinamente hacia él, el Dios Exterior retrocedió, creando distancia y lanzando otro hechizo.

Era como si un gato estuviera jugando con un ratón.

Con la actitud de un ser absoluto que observaba la última lucha desesperada de Alon, podría haber acabado con él en cualquier momento, pero se limitaba a jugar con él.

Sin embargo, a pesar de esta humillante situación, lo que llenaba la mente de Alon no era la ira, sino un pensamiento frío y racional.

En ese estado,

«Cristalizar».

Una vez más, Alon continuó con su defensa.

Defender,

Defender,

Defender,

defender.

Como si no le quedaran fuerzas para atacar.

Antes de que se diera cuenta, la piel azul que se había extendido desde las yemas de los dedos hasta los hombros seguía bloqueando los ataques.

Esa lucha desesperada, más parecida a un último esfuerzo, fue observada por muchos.

Algunos con ojos llenos de desesperación.

Algunos con decepción.

Algunos con vacío y frustración.

Todos miraban.

Sin embargo, incluso en una situación así, Alon bloqueó implacablemente los golpes.

Como si fuera su última batalla.

Con los ojos, ahora azules por la adicción al maná, sangrando,

simplemente siguió desplegando la magia que se le permitía lanzar.

Y entonces,

justo cuando las cadenas que empuñaba Rine, que había estado defendiendo junto a Alon, finalmente se rompieron.



Sonrisa.

Kailas sonrió como si hubiera estado esperando este momento.

«Ahora».

Con un breve pensamiento.

«Cristalizar».

Una vez más, Alon elevó las partículas para oscurecer la visión de Kailas...

«Hielo y nieve».

Pero esta vez pronunció otras palabras.

El maná que se acumuló frente a él formó un sello, y una escarcha blanca comenzó a adherirse a él.

«Formulario».

La escarcha pronto extendió su poder, extendiéndose alrededor de Alon.

«La gloria de las montañas nevadas».



La frase, que Alon apenas logró pronunciar mientras tragaba la sangre que le subía por la garganta, creó un enorme cristal hexagonal frente a él.

«Lo inevitable... de los ciegos...».

El cristal hexagonal se expandió rápidamente, devorando el aire circundante, y formó una lanza igual que antes.

No, era algo tan hermoso que no podía llamarse simplemente lanza.

Pero Alon, reprimiendo la sangre que le subía a la boca, no pronunció las últimas palabras.

«Esto no es suficiente».

En ese momento, era la situación que ofrecía más posibilidades de vencer al Dios Exterior.

Había consumido todas las pociones de maná que había estado guardando para este momento.

A pesar de su escasa reserva de maná, había continuado una guerra de desgaste que casi le cuesta la vida.

Y con eso, había logrado llevar a Kailas a la complacencia.

Su cuerpo, ahora cerca del colapso, había desbloqueado otra restricción que se había impuesto a sí mismo de antemano.



Una restricción que le permitía alterar las leyes del mundo al usar la magia cuando se encontraba al borde de la muerte.

Ahora, solo quedaba preparar el golpe final para matar a Kailas, oculto tras el hielo que había bloqueado el corte.

Pero Alon lo sabía.

Esto por sí solo no sería suficiente.

Aun así, la razón por la que Alon lanzó este hechizo fue por lo que había dicho.

El siguiente paso en el orden natural.

La manifestación de la verdadera esencia.

«Pero, al final, sigues sin saber nada».

Alon recordó las palabras del Dios Exterior.

Sin duda, sus palabras se referían a eso.

Y así, Alon tenía que lograrlo.

El movimiento final e inevitable que podría golpear cuando el Dios Exterior bajaría la guardia.

Aquí y ahora, tenía que manifestarse.

«Piensa».

Sus pensamientos se aceleraron.

Su cabeza, a punto de estallar por la adicción al maná, conjuraba y borraba frenéticamente innumerables ideas a la vez.

El enloquecedor sonido de los latidos de su corazón retumbaba sin cesar en su pecho.

Era como si su cerebro se derritiera por el dolor.

Pero, aun así, no se detuvo.

Buscando entre todos los pensamientos posibles, Alon buscó una pista que pudiera llevarlo al siguiente paso en el orden natural.

Y en ese momento.

[Es el sello].

Una voz resonó en la mente de Alon.

[La ilusión y la iluminación son fundamentalmente lo mismo].

[Cuando lo alcances, obtendrás la clave].



Con esas palabras, pronunciadas junto con una ondulación negra, lo que las había pronunciado desapareció, como si hubiera dicho todo lo que tenía que decir.

Antes de que Alon pudiera siquiera comprender su identidad, había encontrado la pieza final para avanzar a la siguiente etapa del orden natural. Sin dudarlo, liberó el sello que había estado sosteniendo y formó uno nuevo.

Apretó su mano derecha alrededor de la izquierda, levantando solo el dedo índice y juntando ambas manos.

El sello completo: el Mudra del Puño de la Sabiduría.

Y luego,

Alon lo vio.

La lanza, que hacía solo unos instantes estaba adornada con un hermoso dibujo, comenzó a retorcerse de una manera extraña, transformándose en la forma de una llave.

Junto con ella...

«!»

A medida que el hielo se derretía, la expresión antes relajada del Dios Exterior volvió a hacerse visible.



Su actitud, antes tranquila, se endureció y, antes de que pudiera pestañear, como si se diera cuenta de que hasta ese momento todo había sido un juego, apareció frente a Alon y extendió la mano sin dudarlo.

«Yo».

¡Zas!

Como si hubiera estado esperando desde el principio, la cadena de Rine se movió rápidamente para bloquear al Dios Exterior frente a Alon.

Y en ese momento, se introdujo una variable.

El Dios Exterior inmediatamente desvió su atención, volviéndose hacia Rine, que se había quedado expuesta mientras protegía a Alon, y movió los dedos.

«Ah».

Un leve grito ahogado escapó de los labios de Rine, presintiendo su propia muerte.

Pero,

Alon, que ya había previsto este desenlace, la agarró de la ropa y la atrajo hacia él.

¡Swoosh!

El corte los rozó por poco.

«\_»

A cambio, la mano de Alon, que la había llevado a un lugar seguro, estalló en sangre. Pero sin dudarlo, volvió a formar el Mudra del Puño de la Sabiduría.

«Lanza de Cristal de Hielo».

Pronunció las últimas palabras.

La llave se introdujo en el cristal gigante y giró...

Y en un instante, un glaciar descendió sobre las llanuras.